

ADORMECIMIENTO Y SUMISIÓN: ¿PUEDE EL DOLOR DESPERTARNOS?

PATRÍCIA CÂMARA



“Los médicos aconsejan a no tocar las heridas incurables con la mano; Por lo tanto, quizás no sea prudente dar consejos a personas que han perdido la conciencia hace mucho tiempo y cuya enfermedad, dado que ya no sienten dolor, es evidentemente mortal. Debemos, por eso, tratar de saber cómo este obstinado deseo de servir se ha arraigado hasta el punto de que el amor a la libertad parezca antinatural”

*1548, Etienne de la Boétie
en Discurso sobre la servidumbre voluntaria.*

Erich Fromm (1941), en su trabajo sobre el miedo a la libertad, nos pide que lo cuestionemos nuevamente, planteándola de otra forma. ¿Cómo está el miedo a la libertad, tan antinatural, arraigado en la historia de la humanidad y en las historias de todos nosotros?

El miedo, la emoción primaria para la supervivencia según autores como **Jaak Panksepp**, es en su origen un sistema de advertencia contra los depredadores, mientras que el pánico es una emoción primaria que activa la llamada del cuidador cuando una alteración psicofisiológica se presenta alterando la regulación de la homeostasis del recién nacido. El pánico, la ausencia del otro dentro de nosotros, generalmente se convierte en seguridad interna cada vez que las respuestas de los cuidadores se ajustan a las necesidades y surge cuando el desamparo ha tomado el lugar de la presencia.

Sabemos, asimismo, que el miedo puede allanar el camino para todos los momentos en que el pánico no ha tenido a nadie que lo ayude a convertirse en una certeza interna de pertenencia. En los lugares atemporales de desamparo (ya sea debido a una “caída libre interna” de la ausencia o causada por objetos en primer lugar externos y luego internos frágiles o tiránicos), el miedo parece leer la libertad como un tipo de error inmune y asignarle la categoría de depredador. **En un ataque a la libertad, el ataque a la otredad, a la diferencia, está garantizado.**

En el mismo libro, **Fromm** analiza las estructuras psicológicas del autoritarismo, que presupone la idea de que el hombre, que no es íntimamente bueno, necesita de un tutor, un guardián, en realidad un tirano. Así, el individuo comienza a sentirse libre en el sentido negativo. La libertad adquiere entonces el significado de destrucción de la personalidad. Hay un ataque a la ética relacional interna, una que corresponde a las expectativas innatas de las que habló **Bion**, expectativas de encontrar en el mundo un otro que a su vez nos anima a no perder nunca el instinto epistemofílico del placer de saber más y más. Si la identidad asusta, entonces la fusión aparece como un lugar posible, si tal fusión ocurre con alguien que se ofrece a sí mismo como el único y totalitario objeto de seguridad. Hace muchos años vi una película de Robert Zemeckis que quizás conozcan: “*La muerte os sienta tan bien*”. En la película existía la posibilidad de

volverse joven para siempre, y siempre lo sería para siempre, para la inmortalidad. La idea de que la carencia narcisista, el sentimiento de no existir verdaderamente para otro, a través de la felicidad única de ser quien se es, logrando así la inmortalidad a través de la integración interna de la mortalidad, es decir, la infinitud interna en lugar de la infinitud externa, deja el ser como rehén de la inmortalidad real y, como tal, muerto.

El miedo a la libertad, como decía Fromm, **es la más grave enfermedad que la humanidad puede sufrir**. Ese miedo representa el miedo a morir por sentirse muerto y es la mayor forma de ataque contra la identidad de todos aquellos que aceptan el miedo a la libertad y, sin embargo, la desean.

En otras palabras, la perversión del concepto de libertad es la forma más grave de enfermedad porque permite que el hombre se someta a su propia aniquilación, creyente de lo contrario.

Viejas son las historias del lobo vestido de piel de cordero, pero aun así tan actuales. La envidia maligna siempre está al acecho, esperando ser camuflada como libertad para asegurar lo que cree que es el propósito de la existencia: la posesión del otro. **Quien no sabe lo que es ser amado no sabe lo que es amor**. No puedo arriesgarme a tener a mi lado a alguien que realmente tenga la libertad de únicamente estar aquí por amor, por elección. Tengo que someterlo a mi supuesto poder, que es la ofrenda de la vida eterna, es decir, la muerte: certeza absoluta en lugar de incertidumbre.

La complejidad de lo que llamamos salud y enfermedad ya es incuestionable. La lectura psicósomática de la enfermedad ha hecho aún más evidente la simultaneidad de la existencia de la parte sana y la parte psicótica de la mente (Bion).

Pero la parte psicótica de la mente se alía con el mantenimiento del lugar del no pensamiento que

permite mantener oculto lo impensable, el desamparo que no es una experiencia depresiva, sino un vacío enquistado, rodeado de una especie de falso yo.

Cuando el amor, la entrega al otro, amenaza la pseudo identidad de la fragmentación, la hipótesis de la alteración hace despertar la confirmación totalitaria del binarismo interno que condensa el mundo en blanco y negro. El ataque al vínculo, como **Bion** lo ha planteado, parece disfrazado, enmascarado de vínculo, y la relación intencionada y única posible que se puede apoyar es la de dominio y sumisión. Así es como funciona el tirano (el externo y lo que llevamos dentro).

Pero la alianza con el absolutismo totalitario no sería tan grave si operara solo en la parte psicótica de la mente y no en una alianza a su parte saludable. Aquí es donde se puede encontrar parte del adormecimiento que conduce a la alienación.

Sinuosamente **invadiendo la parte sana de la mente** que, precisamente porque es saludable, es membranosa y flexible, identitaria y, por lo tanto, **concibe y desea el cambio**, la transformación la alteridad, los objetos externos tiránicos encuentran manera de instalarse en la parte ambivalente de la dinámica objetal interna. La permeabilidad saludable, **la capacidad humana de uno de cuestionar a sí mismo, va a ser utilizada para favorecer la intoxicación del pensamiento** por contenidos beta introducidos analmente (en el sentido de Rosenfeld). El brazo de hierro con el que actúa el objeto externo totalitario no solo opera al nivel de la intoxicación de lo que al principio salva al organismo, la empatía y la capacidad de soportar la incertidumbre, sino que también **vuelve el organismo contra sí mismo**, como si copiara el lenguaje interno **para hacerlo operar a favor del parasitismo depredador llevado a cabo por la envidia maligna**. De esta manera, el ataque al vínculo comienza a ocurrir internamente en una especie de enactment (Ogden), en múltiples traiciones del yo a sí mismo.

Al igual que con el cuerpo, **el virus una vez instalado en la célula impide la función al adoptar la forma lingüística conocida**. La célula ahora es

reconocida como extraña y, por lo tanto, está sujeta a destrucción. En algunas situaciones clínicas, la médula espinal incluso puede dejar de responder y el cuerpo no puede crear defensas. Quizás la frase portuguesa “*chupar hasta el tuétano*” a menudo asociada con el comportamiento depredador de los narcisistas o psicópatas perversos tiene una somato-conciencia inconsciente más grande de lo imaginado.

En la misma línea, en algunos tipos de cáncer, la apoptosis celular desaparece y el crecimiento no cesa. Una vez más, se agrega a la idea de que la inmortalidad conduce a la muerte.

Sería fácil decir que es la fragilidad lo que nos enferma y así, también nosotros caeríamos como ciencia en la inmortalidad de nuestras certezas, como la afirmación de que la carencia narcisista es una garantía de vulnerabilidad a la tiranía. Probablemente podrá ser. Pero tal vez sea posible, una vez más, concebir la idea de que todos somos eminentemente mortales, no por fragilidad, sino por entregarnos. **Y debido a que no somos dioses, siempre seremos rehenes de la vulnerabilidad que llevamos.** La que nos hace querer el mundo y ser parte del mundo, pero también la que es heredera de lo que no sucedió. Para sobrevivir, es necesario que la omnipotencia analítica no nos lleve a la muerte: pensar que ya hemos visto todo. Que sea posible despertar del adormecimiento múltiple que nos sucede, sin pánico frente al dolor, solo miedo benigno.

Quienes se entregan a la vida corren el riesgo de morir.

Pero morir vivo y no morir muerto. Todo el sistema vivo está en constante movimiento alostático, un juego complejo entre lo que llamamos enfermedad y lo que llamamos salud.

El principal aliado interno del virus tiránico es a menudo el superyó cuando opera a favor de la parte psicótica de la mente. Es precisamente el deseo de cuidar la complementariedad lo que utiliza el tiránico narcisista como fuente de ampliación de la contaminación interna. La alienación

surge del intento del objeto tiránico de anular la identidad que tanto deseaba tener para sí mismo, en una especie de mito de absorción del otro para revertir su propio sentido de adormecimiento o inexistencia.

“No pienses, haz lo que quieras.”

La afirmación tentadora de la *libertad* aparente es, de hecho, no pienses para que pueda darte órdenes y, de paso, pueda alimentarme de ti para mantenerme vivo al apropiarme de tu identidad. Tu pensamiento propio, tu habilidad para producirlo, es para mí la más cruel de las verdades: yo no soy tú y no tengo ese tú “**tú**” en mí. De hecho, no tengo una dinámica interna de objetos que pueda mantener viva la parte de mí mismo que una vez se ha atrevido a ser. No sé el camino para llegar hasta esa ancla. Por eso quiero que tu seas mi camino. **Necesito apropiarme de ti para sobrevivir.** ¿Como? **Volverte contra tí mismo y atacarte con tus convicciones éticas de la existencia. En lugar de cooperación, la ley tiránica de la sumisión. Si te convenzo de que eres el más débil, tendrás que someterte a mí.** Tú que eres tan rico y predicas el valor del compartir y del cuidar, ¿no puedes darme un poco de tí? Al mismo tiempo, te aterrozaré con mi pánico. Por identificación proyectiva encontrarás mi vacío en ti y necesitarás de mí para que te salve de él.

Si el antídoto necesita una parte del veneno mismo que lo hace tóxico, te convenceré de que ya llegaste junto a mi intoxicado, pero que hay suficiente veneno en mí para curarte. Y el precio a pagar por tan gran regalo es tu vida. Ama al carcelero hasta que mueras. La creciente idea de estar en deuda conmigo estará aliada con tu superyó y la culpa no te permitirá alejarte. De hecho, no podría estar más seguro que aquí conmigo. Yo que instalo un tótem de mármol en lugar de desamparo, yo que, pervirtiendo conceptos, creo el negativo de la *holding* Winnicottiana.

El lugar del no pensamiento es el lugar de inmutabilidad. El lenguaje, el espacio transitivo por excelencia, hace presente lo ausente (Vigostky), para ello es necesario soportar la no caída. El ataque al pensamiento es el ataque a la identidad del otro,

el ataque a la diferencia, que deja espacio para la fusión para la apropiación, como Kohut describe a Hitler en “**Psicología del yo y la cultura humana**”. Los cantos de sirena tienen la tentadora promesa de seguridad, reconocimiento, vida eterna. Pero sabemos lo que sucedió el día en que murió Dios Pan (Dios a quién se asocia el pánico, pero también la incertidumbre), la quietud que se sintió fue extrañamente inquietante, el equilibrio era estático, todo olía a muerte.

Sería más fácil y más tranquilizador saber que somos inmunes a la flauta del flautista de Hamelin, pero para hacerlo tendríamos que renunciar a nuestra parte humana y ser servidores de un Dios solo, un objeto interno único lineal, no dinámico, y cambiar nuestras vidas y su incertidumbre inherente para la muerte segura (en la vida), o para intercambiar su verdad (parte genuina que quiere escapar de la arrogancia de aquellos que, debido a que no pueden mantenerse al infinito interno, se creen inmortales) por el encanto de la flauta aterrador del Dios Pan que los conduciría a la muerte real y no solo simbólica.

La violencia del ataque externo que se transforma gradualmente en una enfermedad autoinmune hace que la parte sana de la mente se entumezca por el terror. Y cuando estás entumecido, es más fácil estar dormido. Duele tanto que ya no duele. Como un organismo en presupuesto básico de existencia.



La embriaguez que causa el ataque constante al pensamiento **debilita las convicciones éticas** de la existencia identitaria y rompe los límites de la membrana de la alteridad, despojándose el yo de sí mismo. Quizás la parte sana de la mente no

puede encontrar el hilo conductor de la identidad nuclear. **La vergüenza y la humillación dictan la relación** del yo consigo mismo, que por lo tanto disminuirá a sus propios ojos. Aplastado por el totalitarismo absolutista que lo está colonizando, el yo siente dificultad en concebir su verdad original: que la incertidumbre es el terreno de la salud. Y se aterroriza de manos dadas a la parte psicótica de la mente, aquella en la que las escisiones hacen interpretar la violencia de los tiranos como muros a favor de la organización de la mente. No estar al servicio de, no es estar en deuda para con, no es tener la culpa. Todos los movimientos a favor del cambio son movimientos de continuidad y no de ruptura, por lo que son atacados por objetos tiránicos, una vez más, externos e internos. La premisa básica de la que parte el tirano es la paradoja de lo que pretende prometer. Todo razonamiento lógico aparente proviene de la perversión del concepto de autonomía y alteridad. La premisa básica es: sin mí no sabes cómo ser y, por lo tanto, me debes tu existencia. ¿Tienes que sentir dolor otra vez para despertarte? Incluso si está amortiguado por el amor a los objetos internos y externos benignos, el dolor parece inevitable. El sufrimiento psíquico condensado en la alienación busca volverse real para volver a presentarse a sí mismo y bañar los contornos de la parte psicótica de la mente, transformando las paredes en membranas y permitiendo así la transformación, la expansión, cuando la presencia toma posesión efectiva de su propio lugar.

El dolor, si elaborada terapéuticamente, hace presente el ausente, resignificando lo impensable de la violencia de lo que se vivió y lo impensable de lo que no se vivió, lo que nos autonomiza de la tiranía del no pensamiento y del no pensado.

El dolor puede hacernos despertar cuando nos damos cuenta de que, como dijo Unamuno, **“no es el error, sino la mentira, lo que mata el alma”**.

¿Y qué es la mentira sino la certeza absoluta de ocultar lo que debería ser el lugar de la duda o la convicción perversa de que la duda es una señal de fragilidad?

Al recuperarse, resignificando la experiencia actual de enfermedad y resignificando lo impensable del pasado (siempre presente), es posible recordar el yo de su tamaño real y así liberarlo a la libertad.

Como Lewis Carroll nos muestra al final de *“Alicia en el país de las maravillas”*:

“Que el jurado considere su veredicto”, ordenó el rey por centésima vez aquel día.

«¡No, no!», Protestó la reina. “Primero la sentencia... El veredicto después”.

“¡Valiente idiotez!” exclamó Alicia alzando la voz. “¡Que ocurrencia pedir la sentencia primero!”

“¡Cállate la boca!”, gritó la reina, poniéndose color púrpura.

“¡No quiero!”, dijo Alicia.

“¡Que le corten la cabeza!”, chilló la reina a grito pelado. Nadie se movió.

“¿Quién le va a hacer caso?”, dijo Alicia (al llegar a este momento ya había crecido hasta su estatura normal). “¡No sois todos más que una baraja de cartas!”

PATRÍCIA CÂMARA
